

La sonrisa del poeta

Enero nos obsequia, espléndido, con una de sus más primorosas mañanas de sol. Un sol tibio, casi primaveral, que presta encantos y pone una nota de optimismo en el ambiente plácido del parque.

Acompañada de unas amigas, dicharacheras y un tanto burlonas, que gozan en satirizar a todo vi- viene, miro compasiva al objeto de sus sátiras, que es un pobre muchacho, que al decir de las gentes es poeta. ¡Poeta! Ahí es nada; ser poeta y tema de conversación de unas cuantas jóvenes, es todo una misma cosa; es decir, no una sola, sino dos: espiritualismo y materialismo, en aparente pugna.

Mis amigas, despiadadamente se burlan de sus versos, y lo miran con fijeza mientras hablan.

El, iluso, quizá presintiendo una naciente simpatía, sonríe benévolo y hay en su sonrisa una tristeza que yo quisiera descifrar.

Apenas mueve los labios al sonreír, y revela en su rostro el cansancio moral que les aqueja; un desfallecimiento, una laxitud propia de quien ha sufrido o sufre mucho.

Mis amigas, demasiado jóvenes e inexpertas, parlotean con gracia al ver sonreír al melancólico soñador, que ante las cuartillas mudas y blancas expansiona sus ideales y sus torturas, místico y exaltado, pero anhelante de redención.

Las invito a dejar en paz al ruiseñor de armoñías, que solaza su espíritu en delicadas notas y llena de encanto el monótono compás del tiempo.

Siento admiración por todo poeta. Quizá porque sus dolores se diluyen mágicamente en las diversas estrofas de un madrigal. Quizá porque al ritmo de sus versos, descubren la más escelsa verdad y la más recóndita luz. Sin poesía, el mundo fuera un montón de tierra movediza, próxima a desmoronarse. La poesía es para el mundo lo que el alma para el cuerpo.

El alma, informa, da vida, y presia encanto y movimiento. La poesía sacude al mundo del letargo en que se halla sumido, y le inspira las creencias en Dios; en el amor, en el arte; en todas las cosas que idealizan y embellecen la existencia.

En cualquier objeto incluso en los más materiales, puede hallarse un destello de poesía. Si es la poesía la fuente de la vida y el encanto de todo, ¿por qué ha de ridiculizarse a los poetas, que nos hacen sentir, lo que nosotros materialistas o elegos, no sabríamos sin ellos definir y ver?

Nos mortificamos de un orador sagrado, que pretendiera demostrarnos con elevadas frases, los luminosos Paraísos de la fe? Nadie; ni aún el más ateo tendría valor suficiente para desmentir al orador que, consciente de su misión, en un párrafo o simplemente desde las páginas de un libro, nos enseñase la vida perfecta.

Ni mucho menos pretendería mortificarse de él. ¿Por qué — me pregunto — ha de verse en la figura triste e ignota de un poeta un pelote grotesco, que ha de servir de escarnio por el mero hecho de poseer un espíritu sensible, capaz de todas las excelencias?

Hay día, terminaron ya los poetas de esclavina y cítara, que cantaban sus ensueños bajo la luz argentea de la Luna. Los actuales, son seres que viven como nosotros; mejor aún que nosotros, porque sus almas no se hallan ligadas a este mundo, inferior, canallesco y pródigo en materialismos y perversiones.

Bienaventurados los poetas, porque ellos son el eco sublime de la voz de Dios.

Que estas líneas balbucientes sirvan de tributo al joven poeta que con su triste sonrisa encauzó y abstraigo mi pensamiento por los escabrosos derroteros de la Poesía y el Arte.

Carmela REYES.

Así debo ser yo

Yo soy como el arroyo:
desde que brota,
por do va, en cada hoyo
deja una gota;
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

Yo soy como las nubes
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

C. C.

CURRENTE CALAMO

Tomo la pluma, decidido a escribir mi artículo semanal. Mas de pronto, una duda me salta: ¿sobre qué escribir?

Argumentos no me faltarían, desde luego, para llenar no sólo una columna de ANDALUCIA, sino todo el periódico entero, si fuese necesario; ¡pero me fastidia tanto dar rienda suelta a mi imaginación para urdir una fantástica historia, que, al fin y al cabo no viene a decir nada, ni a resolver ningún problema!

A mí, si hablo con sinceridad, no me acaba de convencer en sentido alguno, eso de escribir cuentos y mas cuentos, cortados todos por el mismo patrón; cuentos rutinarios, de tesis más o menos ampulosas y conclusiones más o menos parecidas.

Bien está que, ciertas veces, para dar expansión a nuestras almas, reflejemos en las cuartillas nuestros recónditos sentires, y desarrollemos un asunto que el público lector conoce de sobra para que se interese por él. Pero una cosa es usar y otra es abusar.

¿A qué conduce esa producción desmedida de literatura barata que nos ahoga y sofoca bajo la verbosidad pasional e inagotable de sus autores? ¿para qué tanto ¡amor mio, ¡cachito de cielo! y otras san decos por el estilo, que sólo puede emocionar a una vulgar «menegilda» o a un enamorado, cado? ¿Lasílima que ciertas plumas muy aceptables se dediquen a malgastar tiempo y cuartillas de forma tan inútil.

Para escribir así, es preferible no escribir. Ya que el que escribe es intelectual, debe demostrar su sentido común dando otro giro más práctico a la idea que lo movió a emborronar papel.

Aquí, en Almería, hay muchos, infinitos, problemas a resolver que aguardan pacientes a que alguien venga a exhumar su recuerdo, y de este modo estarán todos los días, mientras que nosotros nos entretenemos en escribir vanidades, que nadie se ocupa en leer.

Por ser ese un parecer, afasíar-me la duda a que aludía al comienzo de estas líneas; desecho, por consiguiente, la idea de dar la «clax» a los benévolos lectores, con una narración en la que predominan las «ellas» de aureos cabellos y ojos soñadores y los «ellos» melosos, con un repertorio de frasecitas de lo más florido del diccionario galante.

Quedarme, pues, la de hablar de otros asuntos, áridos, sí, pero al menos que conducirán a un fin determinado y práctico. Y ya que la extensión de mis divagaciones, no me permiten por hoy particularizar sobre algún problema urbano o provincial, que son los que verdaderamente deben preocuparnos, sirva al menos estos renglones, en los que no quiero que nadie vea alusión directa, como estímulo para aquellos compañeros que hasta hoy no hicieron nada útil de su pluma.

Isidro NAVARRO.

NUESTROS CUENTOS

EN LA COMISARIA

(Rigurosamente histórico)

Corría el mes de Enero de 19... Por la calle de Carretas y adyacentes de la Villa del Oso y del Madroño, la muchedumbre perseguía a un hombre, gritando desafortadamente:

—¡A ésel! ¡A ésel! ¡Detenedlo!

Al fin el ladrón cayó en manos de dos agentes de Vigilancia, que al oír las voces de la gente acudieron presurosos desde la Puerta del Sol, donde se hallaban prestando servicio.

La gente rodeaba al detenido y a sus aprehensores y amenazaba al primero con los puños llenándole de denuestos.

De entre los grupos salió una mujer y dijo con voz airada:

—¡Señores Agentes, ese hombre acaba de robarme mi bolso de oro!

—Tenga Vd. la bondad, señora, de acompañarnos a la Comisaría, para presentar la correspondiente denuncia — contestó uno de los agentes.

Los agentes, el ladrón y la señora robada, se pusieron en marcha hacia la Comisaría, situada en aquel entonces en la Travesía de Moriana n.º 4, siendo seguidos de buen número de personas.

Por el camino, la señora no dejaba de quejarse, y en sus lamentaciones decía dirigiéndose a los agentes:

—La Policía debería prender a todos estos bandidos y enviarlos a una isla desierta, sin que quedara uno en todo Madrid.

El acusado no contestaba ni una sola palabra. Tenía el aspecto de un mendigo muerto de hambre. Había visto brillar el bolso de oro y se lo había arrebatado de las manos a la señora denunciante.

Uno de los agentes contemplaba el bolso de oro, que había encontrado debajo de la blusa del ladrón, al registrarle en cuanto lo detuvieron.

Al cabo de unos instantes de hallarse en el local de la Comisaría el acusado, sus aprehensores y la señora denunciante, apareció en el umbral de la puerta de su despacho, el Comisario de Policía despidiendo a una señora decentemente vestida, que en su rostro dejaba entrever que se hallaba sumamente disgustada.

—¿Qué quiere usted señora — decía el Sr. Comisario — esto ocurre con mucha frecuencia...

Los ladrones no suelen traer consigo los objetos robados, pues en cuanto los sustraen los entregan al «tapia», mejor dicho para que usted lo comprenda; se los entregan a otro tuco como ellos que opera conjuntamente, para que si se le detiene no se le pueda encontrar la prueba del delito y así safarse de la responsabilidad criminal que de otra forma les alcanzaría!

—¿Qué desgracia la mía! — exclamaba la señora. He perdido en un instante mi bolso de oro, un reloj, un brazaletes y una sortija que iban dentro del bolso.

—¿Qué vamos a hacer, señora! — repuso el Comisario; a los pies de usted...

—¡Mi ladronal! — exclamó de repente la elegante dama, al reparar en la mujer que acababa de llegar instantes antes con los agentes y con el detenido. — ¡Ahí la tiene usted, señor Comisario! Estaba yo sentada en una grantería de la calle de Carreras probándome unos guantes, con mi bolso en la falda. Esa

mujor que estaba en la tienda me lo arrebató y salió a la calle corriendo precipitadamente. La reconozco muy bien y reconozco también mi bolso, que es el que tiene ese señor en la mano — continuó señalando a uno de los ya citados agentes.

La sorpresa fué general y el ladrón no pudo contener una maliciosa sonrisa.

La mujer acusada trató de defenderse contra tal afirmación.

—Esta bolsa me pertenece, señor comisario. Esta señora no sabe lo que se dice. ¿No puede haber dos bolsos iguales?

—Ahora veremos — dijo el Comisario, cogiendo el bolso de manos del agente. — ¿Qué hay en esta bolsa señora? — preguntó a la acusada.

—Un reloj — contestó ésta.

—Eso es fácil de adivinar — observó la segunda señora — Yo misma acabo de decirlo hace un momento, al aperebirme del robo.

—¿Cómo es ese reloj — insistió el Comisario.

—De oro — contestó la interrogada.

—Guarnecido de brillantes — rectificó la dama elegante.

El Comisario sacó el reloj. La segunda dama tenía razón.

—¿Y el brazaletes?

—Con brillantes — dijo la una.

—No — dijo la otra — de oro, completamente liso. También estaba en lo firme.

—¿Y la sortija?

—No lo sé — contestó la interpelada dándose por vencida.

—¿Hay más? — añadió el Comisario.

—Sí, señor — dijo la elegante dama; — mi pañuelo con mi nombre bordado «Elvira», y además una carterita pequeña, de piel, con 40 pesetas dentro, 25 en un billete y 15 en plata.

El Comisario contó el metaliño y examinó el pañuelo, diciendo: Exactamente. Ahí tiene usted su bolso, señora y todo lo que contiene. Déjeme usted la dirección de su domicilio, para cuando se necesite su declaración.

La señora dio las señas de su domicilio y se retiró en extremo satisfecha y agradecida a las atenciones del Sr. Comisario.

El Comisario hizo entrar en su despacho al ladrón y a la ladrona, con objeto de interrogarles.

En tal menester se hallaba cuando un ordenanza pasó una tarjeta al Comisario, que acababa de entregarle un caballero recién llegado y que pretendía verlo con toda urgencia ¡Que pase ese caballero!

Pasó el recién llegado, a quien dijo el funcionario: Me perdonará usted que le advierta que no puedo conceder a Vd. más que un minuto de audiencia, porque estoy sumamente ocupado con unas declaraciones.

—Terminaré muy pronto, señor Comisario — repuso el caballero. — Yo soy joyero, de la Carrera de San Jerónimo. Hará próximamente dos horas, entré en mi tienda una mujer joven, bonita y elegante con el propósito, según dijo, de comprar varios objetos para un regalo. Como la ví tan elegante y con tipo de señora, la enseñé lo mejor que tenía en mis escaparates, con objeto de que escogiese. Lo miró todo detenidamente y me dijo que ya volvería. Retiróse y no

tardé en notar la desaparición de un bolso de oro, de un reloj guarnecido de brillantes, de un brazaletes de oro completamente liso y de una sortija de oro con una esmeralda. Considero perdido todo a menos que una casualidad.

—La casualidad ha existido, señor mío — repuso el Comisario; — pero ha venido usted tarde a denunciar el hecho; ha sido usted robado tres veces, y si se hubiese usted presentado minutos antes en esta Comisaría hubiera usted recobrado sus alhajas.

Acto continuo refirió el Comisario al joyero la sorprendente historia del bolso de oro y su contenido.

El ladrón se echó a reír a carcajadas.

—¡No está Vd. aquí para divertirse! — gritó colérico el Comisario.

El Comisario llamó en el acto a dos agentes y ordenó que fueran inmediatamente a casa de la señora que recuperó el bolso que momentos antes robara ella en la joyería, y que la traerán inmediatamente detenida a la Comisaría.

A los pocos momentos, regresaron los agentes y dijeron: La dirección dada por ella es falsa, Sr. Comisario.

—Era de suponer — murmuró el Comisario. ¡Pero, calla! ¿Dónde está la otra?

La ladrona se había fugado aprovechando el barullo natural reinante en la Comisaría por hecho tan inusitado. No quedaba allí más que el ladrón.

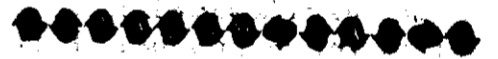
Al cabo de unos meses fue éste condenado a tres años, dos meses y un día de prisión correccional.

Y al escuchar su sentencia exclamó con indecible cinismo:

—¡En lo sucesivo robaré a las personas honradas, si es que las encuentro, cosa que me parece sumamente difícil!

Luis de CASTRO,

Almería

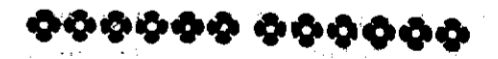


RAPIDA

Anoche. Tu busto de muñeca se dibujó confuso en la ventana. Te reprocho, me mimas y me ruegas mientras cae de tus ojos una lágrima.

Su huella con mi labio desaparece y una dulce sonrisa le aureola... Lo decore una nube, y en sus pliegues la Luna nos bendice protectora.

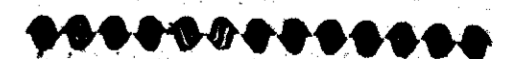
Modesto GARCIA.



CONSULTORIO

En esta sección, nuestro compañero «Lonay», contestará, en serio o en broma, a todas aquellas preguntas que se le hagan, reservándose, desde luego, el derecho de echar al cesto las que se hagan incontestables por la idea que lleven envuelta.

Dichas preguntas, que deben ser enviadas a nuestra Redacción, Marcos 7, a nombre de nuestro Director, llevarán en un ángulo del sobre las siguientes palabras: «Para el Consultorio de Lonay», con la expresa condición de que sólo consten de una parte a responder.



En vista de las numerosas peticiones que nos hacen de la provincia, para que los consideremos como suscriptores, rogamos que dirijan la correspondencia a nuestra Administración, Jorge Juan 9 y así serán servidos con regularidad.

Igualmente consideraremos suscriptores aquellos que reciba el periódico y no lo devuelva

ROQUE MORILLAS

Gran surtido en Quincallas. Altas novedades en toda clase de Avalorios.

Precios sin competencia

Calle de las Tiendas, esquina a la plaza de Bermúdez)

